

LA OBRA POETICA DE GABRIEL CELAYA

Es muy difícil estar siempre y del todo con Gabriel Celaya; su atormentada inquietud hace que se nos escape, a veces de las manos, lo mismo que si fuera un pájaro dejándonos, con el vacío de su huida el dolor de que no lo volvamos a encontrar. Sin embargo, la propia inquietud que hiere su sensibilidad nos hace concebir la esperanza, que hasta ahora no ha salido fallida, de volver a hallarlo de nuevo, descansando en unas ramas a las que podamos acercarnos sin temor de que nos pinchen las espinas.

Ya va para dos años que José Miguel de Azaola registró su nombre en el BOLETÍN señalándolo como «un lírico de raro ímpetu, creador agraciado con excepcionales dotes como artífice del lenguaje». Desde entonces han sucedido muchas cosas; a caballo con su ímpetu, Gabriel Celaya ha publicado bastante aquí y allí; recordemos un libro de versos, «Las cosas como son» en el que el dominio del verbo puesto al servicio de una idea —nom sancta, por cierto—, y plegándose perfectamente a la misma, le hace alcanzar un tono impresionante; y no olvidemos, tampoco, su novela «Lázaro calla», de la que nada quiero decir ahora porque ya le dije, al oído, a su autor, lo que como amigo debía. Pero frente a estas publicaciones, EGÁN tuvo a mucho honor recoger aquellos «Juguetes» impecables y primorosos:

—Buenos días, Profesor:
 (Al quitarnos los sombreros
 se escapan con un clamor
 de desorden mil jilgueros.)

Ahora, la colección «El Arca» de Las Palmas de Gran Canaria, nos brinda el regalo de un tomito de poesías, bellamente

editado, de nuestro amigo y colaborador, «Se parece al amor». ¿Se parece, nada más, Celaya? No, no, es amor de verdad y no diré amor puro porque en alguno de los poemas acaso no lo sea del todo. Pero dejando a un lado estas sus escapadas de pájaro, anotemos el valor lírico del libro:

«¡Oh, tenme en tu sonrisa,
en tu sombra, en lo leve
de tu mano impalpable.»

Es la propia brisa que para no dejar caer la hoja, al suelo, ha de volverla pájaro o mariposa, pero sin tocarla. No, no, ha de ser un deseo nada más, sin forma, sin líneas.

«corazón: esa ave
que, cogida, tiembla»

Se le siente palpitar, en un aleteo caliente y tembloroso y su lírica, íntima, profunda, lo domina todo:

«La noche, bloque helado
de estrellas, toda real»

Domina la noche hecha bloque de estrellas. Esperemos que un día se domine a sí mismo; algo nos lo hace presentir, aquel poema, por ejemplo:

Si mi pequeño corazón supiera
algo de lo que soy,
si no fuera perdido, por los limbos cantando
otro ser, otra voz,
¡ay, sabría que me duele!,
¡ay, sabría lo que busco!,
sabría tu nombre, amor.
Sería todo mío, todo tuyo, y unidos,
diría yo lo que quieres,
dirías tú quien soy yo.

Ya he dicho antes que era un pájaro herido por su propia inquietud; esperemos con el mejor deseo de verlo cantar en las ramas que no tengan espinas.

M. C-G.